

Aurora esperaba la llegada de su próxima cliente. Miraba a través de la ventana que daba a la calle como la gente paseaba arriba y abajo. Pensaba en lo mucho que había cambiado su vida desde que un anuncio en una revista le guiara hacia un lugar parecido a su consulta. Allí un hombre que decía ser un chamán, le aseguró que poseía las esencias que harían de ella una mujer alejada de todo dolor físico.

Desde el primer momento sospechó que aquello era un engaño, aún así seguía escuchando a aquel hombre, fingiendo estar hechizada por sus palabras. Prestaba atención a su manera de actuar. Necesitaba aprender de todas las artimañas que éste empleaba para ganarse la confianza de sus clientes. Una vez conseguida esa confianza le resultaba fácil hacerse con el dinero de ellos. Se trataba de ir acordando muchas visitas. En cada una de estas visitas se creaba una ilusión. Algo que hacía que los clientes se volvieran dependientes del curandero. Aurora necesitaba una confirmación a sus sospechas y allí la había encontrado. Desde hacía tiempo se sentía atraída por lo oculto, aunque no por lo que hubiese de verdad en ello (lo cual no le importaba en absoluto) sino por lo que había de manipulación y mentira. Ansiaba el poder del que gozaban esas personas que se anunciaban por todas partes. Y había demasiados incautos dispuestos a dejarse embaucar. Sin duda había sitio para Aurora. Ella también sería sanadora; o vidente; o lo que hiciera falta. Así, cuando el chamán le dijo lo que debía pagarle por su visita no hizo otra cosa que reír. Aún rió más cuando él le dijo algo tan poco místico como que le pondría una denuncia si no le pagaba lo que le debía.

El agudo sonido del timbre le devolvió al presente. Al abrir la puerta se encontró con una mujer menuda y de avanzada edad.

- ¿E...Es usted la señora Aurora?- Le habló con miedo, como si el sólo hecho de hablar pudiera molestarle a alguien- Yo soy Vicenta Castro. Tenía hora para una visita.

- Sí, pase por favor y póngase cómoda.

La anciana iba a sentarse cuando la visión de un objeto sobre la mesa le hizo santiguarse repetidas veces. A Aurora le brillaban los ojos. La mujer había reaccionado como esperaba. Ver delante de ella el sombrero que llevaba su marido cuando desapareció resultaba inquietante. Por teléfono le había descrito como iba vestido aquel día. Encontrar un sombrero parecido al que le había dicho fue fácil. A los ojos de Vicenta resultaron idénticos. La fe podía obrar así.

- Usted puede dar con mi marido. Estoy segura de ello.- Le decía eso al tiempo que se abanicaba con ímpetu, intentando aplacar el sofoco que le había producido ver el sombrero.

- No se precipite. El sombrero es sólo una señal.

- ¿Una señal?

- Sí. Su marido está en el mundo de los vivos.

- Pero... Dígame que lo encontrará. Necesito que me lo diga.

No había pasado ni media hora en la consulta y la anciana ya estaba en poder de Aurora. Ese: "necesito que me lo diga", le sonaba a música celestial.

- Le pagaré lo que haga falta. Tengo muchos ahorros.

- No se preocupe ahora por el dinero. - Aurora no podía evitar mirar las manos de su cliente que se afanaban a un monedero, dando así mayor credibilidad a sus palabras-. Su marido está muy lejos. Ese sombrero es lo único que ha dejado antes de marcharse a otro país. Ha sido seducido por una mujer joven. No quiere volver.

Vicenta no pudo más. Primero un simple sollozo y después un llanto dieron muestra de su dolor. Cuando no le quedó ya ninguna lágrima que derramar, se levantó y dijo:

- Gracias por haberlo intentado. Es usted un sol. ¿Dígame qué le debo?

- La voluntad señora. Sólo la voluntad. Qué más hubiera querido yo que haberle traído a su marido y no ese viejo sombrero.

Vicenta abrió su monedero grande de mujer mayor y lo vació en la mesa donde Aurora tenía algunos objetos esotéricos que daban credibilidad a su figura de vidente.

- Aún no se vaya, mujer. – el ver tanto dinero junto hizo que Aurora pensara muy rápido -. Veo esperanza en sus ojos. Me siento en la obligación de servirle como usted merece. Voy a realizar un ritual mágico para que su hombre vuelva a su lado y deje a esa mala mujer.

La anciana dio un suspiro y agarrando con una mano el crucifijo que colgaba de su cuello, sonrió a Aurora.

- Qué buena persona es usted. – le dijo.

Aurora la citó para una nueva ocasión. Le explicó en que consistía el ritual que iba a llevar a efecto. Para que éste tuviera éxito debía conseguir unas sustancias que sólo se encontraban en el extranjero. Cuando estuviesen en su poder realizaría la magia de la que sólo ella tenía conocimiento. Le dijo por último que el ritual de amor se vería reforzado si le acompañaba en la sesión y aportaba su energía. Muy valiosa teniendo en cuenta lo mucho que amaba a su marido.

Así Vicenta pasó a aumentar la larga lista de clientes que ya tenía Aurora. Cada vez más segura de sí misma y sin el más mínimo juicio iba captando gente de toda condición . Sus trucos eran de lo más variado. Podía escapar de cualquier situación. No tenía porque tener miedo a nada. Ni siquiera a un sueño que tuvo una noche en el que se veía a sí misma barajando unas cartas de tarot. De pronto las cartas cambiaban. Ya no se veían en ellas dibujos ni símbolos. Eso Aurora no lo hubiera entendido. Ahora en cada carta había una letra que la ocupaba por entero. Cuando acabó de mover la baraja la

extendió sobre una mesa. De izquierda a derecha se podía leer una frase: “EL MAL VIENE DE CAMINO”.

Al día siguiente al ir a su consulta recordó el sueño y rió pensando en que la frase no le impresionaba porque ella misma era el mal. Al reir en las calles aún vacías le pareció que se producía un eco. Eso le provocó de nuevo risa, aunque esta vez sonó muy forzada. Alguien se cruzó con ella y le miró de una manera que le hizo sentirse ridícula. No recordaba haber tenido una sensación así desde hacía tiempo, quizás desde nunca. Sin saber porqué se desorientó. Andaba por calles y escenarios que no recordaba. Una extraña presencia detrás de ella o tal vez delante le acompañaba. Necesitaba hablar con alguien real. Se acercó a un chico muy joven y le preguntó nerviosa:

- Por favor, por favor puedes decirme dónde está la calle Luna. Me he perdido.

- Sí claro, señora. Está ahí mismo al doblar la esquina.

- Gracias chico. Adiós.

- Eh, espere un momento. No vaya tan aprisa. – cogió con fuerza el brazo de Aurora y la atrajo hacia él. Después le hizo un gesto lascivo pasándose la lengua por sus labios -. ¿No va a darme nada a cambio de la información?

- ¡ Déjame! – le gritó a la vez que conseguía quitarle la mano de su brazo.

Aurora corrió hacia su consulta. Oía su corazón y una voz a lo lejos que decía: “Ha sido un placer conocerla señora”. Encontró el portal y subió las escaleras lo más aprisa que pudo saltando los escalones de dos en dos. Tenía la certeza absoluta de que si iba despacio, alguien o algo la atraparía. Llegó al piso donde estaba su consulta y se abalanzó sobre la puerta. Tenía la costumbre de llevar la llave atada a una pulsera en su mano derecha. La cogió y la ajustó con precisión a la cerradura. Empujó la puerta con violencia y de inmediato la cerró tras de sí. Creyó estar a salvo y respiró relajada. La respiración se volvió a acelerar al escuchar que una voz como un susurro había entrado

por la cerradura o por la rendija de la puerta. Era apenas un hilo de voz, pero llegó con claridad a su oído. Y le habló con estas palabras:

- Soy su mejor cliente. ¿Acaso no va a abrirme?

El miedo compartía el espacio con Aurora. En modo alguno abriría la puerta. Sabía y ahora lo sabía seguro que al otro lado había algo que no le gustaría ver. Quiso que hubiera silencio. Ese era un buen método de autodefensa. Silencio. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se oyó la voz? ¿Porqué no contar los segundos? Luego serían minutos y más tarde ya no oiría nada.

Ella misma rompió el silencio con un grito de espanto al ver que la cerradura era forzada. Una mano enfundada en un guante blanco fue lo primero que apareció del otro lado. La mano parecía pertenecer a alguien de otra época. Un individuo alto con sombrero de copa y traje de frac hizo acto definitivo de presencia.

- Dígame Aurora. Sé que sabe adivinar el futuro y el pasado. Pero...¿Y el presente? ¿Sabe decirme qué está pasando ahora mismo? ¿Lo entiende?

Aurora no podía contestarle porque ni siquiera podía mirarle. Incapaz de soportar la situación cayó desmayada.

Despertó tumbada sobre la mesa de la consulta. No podía moverse. Estaba sujeta con cuerdas. Se hallaba desnuda y con las piernas abiertas.

Quedaba así a merced del Diablo.